

28 de febrero del 2003

¿El final de una ilusión?

Alfonso Sastre

Sigmund Freud publicó en 1927 su obra sobre El provenir de una ilusión. Se refería en ella a la ilusión religiosa, cuyos días parecían contados por el progreso de la ciencia, aunque el mismo Freud se cuidaba de aceptar en aquella obra que "una ilusión no es lo mismo que un error, ni es necesariamente un error", salvo, añadimos nosotros ahora, cuando las ilusiones de la humanidad se usan para cubrir o adornar mentiras al servicio de los poderosos. Desde hace ya muchos años le toca el turno de las grandes crisis a otra creencia de la humanidad, la de la "democracia", siempre afirmada al menos como el menos malo de los sistemas posibles, y cuyos aspectos mortales son, sin embargo, cada día que pasa más evidentes. Se trata, claro está, de la democracia "representativa" o "parlamentaria", que está mostrando cada vez más nítidamente la pestilencia que se alberga en sus tripas, y su capacidad para servir de cobertura a los mayores horrores del imperialismo, en las grandes escalas (política internacional, embargos genocidas, bombardeos mortales), y en las pequeñas con el desprecio a las libertades individuales y nacional-populares, como ahora entre nosotros por parte de estos dos partidos mayoritarios que son el PSOE y el PP, una de cuyas últimas hazañas acaba de ser el cierre arbitrario de Euskaldunon Egunkaria; y ello con todo su cortejo de brutalidades "democráticas", derribos de puertas, nocturnidad, fantasmales capuchas y terror armado hasta los dientes, y otras delicias de la democracia representativa.

Con episodios como estos se van desvaneciendo, creemos, las últimas ilusiones que se podían albergar en la ingenuidad de los demócratas mejor intencionados, para los que la democracia representativa no ha dejado de ser hasta ahora la clave de toda posición progresista, de toda lucha por las libertades individuales y sociales.

Desvanecimiento de ilusiones que va acompañado de nuevas convicciones - ¿ilusiones?- a favor de "otra democracia" que sería -y yo creo que es- la verdadera democracia: un sistema participativo basado en las asambleas de base, al modo de como se está desarrollando, todavía a nivel poco más que municipal, en Porto Alegre, la capital del estado brasileño de Rio Grande do Sul.

Los vascos no se dejaron engañar en su día -cuando se manifestaron contra la Reforma de Suárez- por la ilusión mentirosa de que, sin una ruptura radical de la dictadura de Franco, se iba a poder llegar a una situación política habitable y aceptable para quienes, entre sus propósitos, uno muy precioso era -como sigue siendo- la afirmación de la identidad nacional de Euskal Herria, afirmación que desde la izquierda comporta además, o sobre todo, el gran proyecto de una sociedad socialista.

Los españoles de entonces -ilusos- muy pronto se desencantaron, pero ya era tarde; y lo que se llamó "el No vasco a la Reforma" evidenció la gran sagacidad de aquellos planteamientos vascos. Sin embargo, no ha dejado de haber entre nosotros rezagados de aquellas torpes ilusiones de la transición.

Es de esperar que la actual represión de libertades, de la que ahora mismo está siendo víctima Euskaldunon Egunkaria, y el pueblo vasco en general, señale el definitivo final de toda ilusión por un sistema en cuyo marco legal se pueden acometer las mayores atrocidades y programar los mayores crímenes colectivos.